

mente de trabajar al aire libre, cavando o jugando esgrima, sino de labrar la tierra, sembrar flores o verduras, o cuidar animales.

Como la gente de la ciudad, los que viven en haciendas solitarias sufren de «disposición contrariada», pero su dolencia viene de otra parte. En el campo abierto lo que fastidia no es tanto la falta del estímulo que la naturaleza proporciona sino la falta de sociedad. Grises días de trabajo, solos, o con graves y tranquilos ancianos, son enfadosos para el descendiente de una raza que marchó siempre en bandas. El joven del campo ansía rozamientos, ojeadas, voces, el grito de su edad, rítmica y concertada respuesta. Después de un otoño de rudo trabajar en medio de secos troncos y bajo cielos de plomo, su estremecimiento vendrá no de vagar por el campo sino de la abeja social, danzas, cencerradas, renacimiento religioso. Suelto de piernas, buscará la ciudad, se mezclará entre la multitud, y se desquitará de los meses de fastidio con una prolongada embriaguez en cinematógrafos, vaudevilles y parques de recreo.

Muchos vicios se deben al desesperado deseo del hombre de escapar al fastidio de una vida sin recreaciones. La Comisión Filipina del Opio dice:

«¿Qué pueblo sobre la tierra es tan destituido de diversiones como los chinos, lo mismo los ricos que los pobres? No hay juegos al aire libre en China, y a la verdad no hay juegos en absoluto, excepto los de azar. Absoluta quietud y melancolía prevalecen en todas partes. Así como estos dos demonios arrastran a los caucásicos a beber, a los chinos los arrastran al opio. Por hábito de trabajo y atención a los negocios un individuo puede hacerse incapaz de diversiones, y asimismo una raza de casi increíble antigüedad, que ha trabajado por mileniums, puede alcanzar un punto en su desarrollo en que la facultad de divertirse se ha atrofiado y desaparecido, dejando sólo el deseo de pasar el ocio en la placidez. Y nada contribuye tanto a esto como el opio».

El alcoholismo de ningún modo indica una necesidad fisiológica de estimulante, ni un deseo específico de bebidas fuertes. Muchos esperan aliviarse de la depresión mental proveniente de vivir contra el deseo nativo. ¿Qué lejano grito de la fluyente, poderosa, hirviente, desbordante, combatiente naturaleza, nos capacitó pues para los contados, interminablemente repetidos movimientos de la moderna fábrica? La disciplina, la monotonía, la falta de significación de nuestro fragmento de minuto de una tarea, la atmósfera sombría de las ciudades industriales, hacen la vida más tediosa que nunca para los trabajadores libres. La serie—pastor, agricultor, artesano—constituye una curva *lejos de* lo instintivo, la cual tiene su culminación en la máquina. Con poco en sí mismo para animar los impulsos de rivalidad, curiosidad y constructividad, el día de trabajo se hace bajo continua tensión. Se soporta sólo por la paga del sábado. «¿Por qué se embriaga usted?» alguien preguntó a un trabajador en los

mataderos de Chicago. «Porque es el modo más rápido de salir de Packingtown», respondió. No es extraño que gentes que raspan cerda de puercos sesenta horas en la semana, y viven en casas mezquinas y oscuras, frente a terrenos fangosos, o llenos de carbón quemado, o frente a caminos de rieles, busquen el encendido calor del compañerismo de taberna y beban para olvidar.

Debe haber, pues, recreaciones, si las gentes exhaustas no han de envenenarse con drogas. Pero la cuestión de lo que haya de servir de recreación está lejos de ser una cuestión privada. Menos aún puede dejarse a la conciencia de proveedores de diversiones comerciales. Porque ellas tocan y despiertan los instintos, y porque los instintos pueden provocar el yo selvático, las diversiones han dado siempre origen a muchos de los principales problemas éticos de la sociedad. La experiencia de los pueblos civilizados con ciertos deportes que excitan los instintos aborígenes de combate, prueba que tenemos aquí que resolver una cuestión muy seria.

Los sangrientos espectáculos de combates entre hombres y fieras ofrecidos por las clases gobernantes de Roma como medio de complacer al populacho, contagiaron a todas las regiones del Imperio, menos a Palestina, y fueron por cuatrocientos años una influencia dominante en el antiguo mundo. La hipótesis reciente de que «no eran un agente brutalizador sino un resto de brutalidad dejado atrás» está refutada por el hecho de que no eran latinos en su origen, sino etruscos, y de que Roma no los conoció sino cinco siglos después de fundada la ciudad. Al principio tales espectáculos eran ocasionales, pero luego hubo verdadera manía por ellos, y el amor adquirido por el derramamiento de sangre se perpetuó de edad en edad. Cuando Antiochus introdujo los juegos en Siria, la primera impresión fué de disgusto, pero su repetición cambió este sentimiento en aprobación. Grecia, superior en civilización, repugnó por mucho tiempo los espectáculos sangrientos y sólo la plebe llegó a gustar de ellos. Hasta el fin, las clases educadas los condenaron unánimemente.

El daño moral causado por la arena es incalculable, pero es significativo que el mundo romano permaneciera duro y brutal hasta que el estoicismo, y más tarde el cristianismo, trajeron un espíritu de dulzura, y que ninguno de sus pueblos experimentara la gradual y genial humanización que se efectuó en el desarrollo de los griegos.

Que moralmente las corridas de toros han sido una piedra de molino atada al cuello de los españoles, los mexicanos y los peruanos, no lo duda nadie que las haya visto alguna vez. Al principio fueron un juego caballeresco, pero con el paso de las generaciones que habían bebido en los espectáculos sangrientos del circo de toros casi con la leche de la madre, degeneraron. Hoy la multitud de espectadores muestra un gusto absolutamente depravado por ver la carne viva desgarrada y la sangre brotando. El caballo viejo vendado, presentado al

toro para que sacie su furor, no es por supuesto parte del combate, sino un regalo a la sed de sangre de la multitud. Los devotos de las corridas de toros insisten en que éstas fomentan la «valentía», pero ¿cuál es la valentía de los espectadores que desde sus lugares de seguridad gritan «más cerca» al matador, comparada con la del aviador o del montañés que buscan sus emociones arriesgando su propia vida, no la de otros? Observando a los niños en el circo, observando cómo aun los muchachos en la calle juegan toros y matador, comprende uno por qué la historia de una estirpe tan hermosa como la celtibérica está manchada con el maltrato de los animales domésticos, el uso de la tortura y la crueldad para con los enemigos caídos, y la inclemencia con los adversarios políticos. Pocos años hace un Gobernador mexicano se dirigió a su pueblo con las proféticas palabras: «Díaz está viejo. Cuando muera, ¿qué sucederá? Yo os digo que mientras vuestras recreaciones se concentren en el circo de toros, mientras vuestros hijos y vuestras madres con niños en los brazos concurren a estos lugares, México será una tierra de revoluciones. Ahora que la mano fuerte de Díaz todavía os sostiene, comenzad a buscar un sustituto en recreaciones constructivas del carácter».

El boxeo difiere de la arena en que los combatientes son hombres libres y sus armas no son mortales. Apela sin embargo a instintos tan primitivos como aquellos que encontraban satisfacción en los duelos de los gladiadores. El Presidente G. Stanley Hall testifica:

«Presenciando grandes combates pugilistas, lo que algunas veces me permito hacer para estudiar la naturaleza humana, las tres sorpresas son: primero, mi propio intenso y absorbente interés que me hace sentir la necesidad de gritar y chillar como un indio salvaje lo mismo que los otros, y talvez saltar al circo; segundo, una especie de refrescamiento catártico después de una tempestad cerebral, la cual, como una tormenta, clarifica el aire; y tercero, que veo tantas personas respetables allí que yo conozco pero que no desean que yo las reconozca».

Alivio hay sin duda en el goce de prehistóricos estados mentales, pero si el boxeo se abriera a los niños y a la juventud, los brutalizaría como lo ha hecho el circo de toros. Lo que hace que los encuentros pugilistas no sean más brutales de lo que son es, no la delicadeza de sus partidarios, sino el sentimiento del público. El disgusto por abanicos de combate en un suave asalto, el entusiasmo por articulaciones desnudas, y una lucha hasta «el fin», indica que, a no ser por el voto de la sociedad, la reaparición de los combates de gladiadores sería un negocio de hacer dinero en las grandes ciudades de hoy.

Moralmente hay una gran diferencia, en esta clase de recreaciones, entre recibir la intensa sensación de luchar uno mismo y ver a otros luchar. En este último caso el hombre es espectador,

no actor, y obtiene su emoción sin esfuerzo, sin pena y sin peligro. Pero una cosa tan buena no es para ser obtenida tan fácilmente. Es el hombre dispuesto a ponerse los guantes y a «ser castigado», el que ha ganado el derecho de gozar el boxeo de otros. La razón principal de que los deportes nacionales degeneren, es que, cuando la gente se ha vuelto perezosa y floja, no gusta de hacer su propia diversión, sino que se la den hecha, permitiendo que se derrame la sangre barata de bestias, esclavos, criminales, cautivos, gladiadores y toreadores, porque es demasiado prudente para arriesgar su propia piel.

El espectador parasitario es responsable del monstruoso y paralizador exceso que se muestra en los deportes. El aficionado a deportes es refrenado de incurrir en tales excesos por el precio que tiene que pagar en peligro y dolor. El espectador no conoce este impedimento; embrutecido por la costumbre, demanda espectáculos más y más sensacionales y escandalosos. Así en el curso de los siglos el populacho romano se volvió glotón de sangre. En un sólo espectáculo, Trajano produjo once mil animales, y Claudio un combate marítimo en el que diecinueve mil gladiadores se descuartizaron unos a otros hasta que las aguas del lago se volvieron rojas.

Entre nosotros, multitudes que quieren, no *jugar* sino *ser divertidas*, participan por imitación interior en contiendas de profesionales, cuando deberían estar en sus propios juegos. Los que cazan, pescan, reman, navegan, saltan, juegan golf, desprecian a los falsos atletas por poder. El «fan» que no es otra cosa, es un mirón en los juegos de otros. El menos atleta de los hombres, jamás juega nada él mismo sino que se contenta con ser un mero cazador de espectáculos. Su historia de multitud y su partidarismo disgusta al verdadero hombre de *sport* y pone el deporte en manos de los que juegan por el dinero que hay en ello.

Aparte de su atractivo de garantía fácil, el juego de azar fascina porque sus situaciones conflictivas apelan al mismo instinto que se excita en las regatas o el juego de pelota, en la competencia de los negocios o la especulación de valores de bolsa. Su reacción, a diferencia de la de contemplar combates físicos, no es brutalizadora. La sociedad condena al jugador, cuyo interés no es sino el del hombre de negocio, porque no crea valores y destruye los buenos hábitos. Desde el momento en que el prurito de obtener algo por nada, penetra en la sangre de un pueblo, éste pierde la voluntad para la industria y el ahorro, al paso que todos los parasitismos—el robo, el petardeo, el fraude, la extorsión, el peculado, la impostura—florecen con una exuberancia tropical.

Un gran número de diversiones excitan abierta o sutilmente el muy antiguo e imperioso instinto del macho. Bailes sensuales y promiscuos, exhibiciones de muchachas, representaciones *risqué*, el desnudo en el arte y el atrevimiento en literatura, halagan porque

están saturados de sugestión sexual. Grandes ciudades y viejas civilizaciones se corrompen porque abundan en medios de titilantes deseos. El hecho de que el hombre es la sola especie que posee artes para excitar los apetitos sexuales, justifica, con respecto a las relaciones entre los sexos, una disciplina y una vigilancia a que ninguna otra criatura necesita someterse. No hay duda de que si se diera libre curso a los proveedores de diversiones, si no se les refrenara con la policía y la opinión pública, con las corrientes reglas de decencia y con la continua influencia de los hombres de edad, la sensualidad sería excitada a tal extremo que el matrimonio y el hogar serían destruídos, y la permanencia de la raza sería puesta en peligro.

Tres medios hay para combatir los *sports* y diversiones desmoralizadoras: la *supresión*, la *substitución* y la *sublimación*.

De estos medios ninguno ha sido tan puesto a prueba como la supresión. La religión naturalmente teme todo lo que desencadena la bestia en el hombre y por esto ha asumido una actitud de censura hacia las recreaciones. Los primeros cristianos miraban con horror la arena. La iglesia medioeval trató de resolver el problema de las recreaciones populares proporcionando espectáculos públicos, juegos, festivales y medios semejantes de alegrar la triste existencia de las masas. Los puritanos desarraigaron las antiguas y libres diversiones comunales de la «alegre» Inglaterra, cerraron los teatros y destruyeron los placeres del pueblo. La mofa de Macaulay para acabar con la exhibición de osos acosados en público, «no porque ello cause dolor al oso, sino porque causa placer a los espectadores», cuadrará igualmente a los enemigos de los toros, de los gallos, y de todo otro desmoralizador *sport*, pues ellos se escandalizan más del rebajamiento del hombre que del sufrimiento de los animales. Varios grupos protestantes se alarmaron hace tiempo de la moral que brilla en las recreaciones y procedieron a lanzar su anatema contra el juego, el baile, el teatro y el circo.

Semejante yugo puede ser asumido por los electos, pero no puede ser impuesto al pueblo todo. Aun los grupos religiosos tienen que abandonar mucha de su vieja rigidez. En lugar de prohibir las recreaciones en volumen, hay toda razón para creer que se expansionarán grandemente. A medida que nuestras ocupaciones diarias se hacen más especializadas, más metódicas, más rutinarias, caen completamente bajo la dirección científica y pierden mucho de su alegría creativa, y a medida que el más rápido andar de la vida moderna produce en los más altos centros cerebrales una constante y severa tensión que debe ser contrarrestada por más largos intervalos de descanso, la demanda de recreaciones se hace más general, más imperiosa y más justificada.

La política de *substitución* se basa en la teoría de que por cada bajo y desmoralizador *sport*, un sustituto sano y provechoso puede

hallarse que al cabo pruebe ser tan satisfactorio como el otro. Esto a su turno descansa en el principio de que cada una de nuestras tendencias puede ser puesta en juego por una variedad de situaciones. Novelas de detectivos y maniobras de muchachos exploradores suministran placer a los instintos de esconderse y de cazar, lo mismo que jugar al «yo espío». Marchar, remar y cantar en coro, dan el placer del ritmo no menos que el columpio y el baile. Nuestras contiendas políticas ciertamente nos agitan y refrescan, y si los romanos hubieran permanecido demócratas como los atenienses, habrían apetecido menos los juegos sangrientos. Festivales patrióticos, festines políticos, y renacimientos estáticos religiosos son tan verdaderamente «embriagueces» emocionales como el pugilismo y los linchamientos, además de ser inocentes.

La experiencia de los últimos quince años abre una maravillosa vista a la substitución en la esfera de los *sports*. Los tres mil trescientos campos de recreación vigilados en los Estados Unidos, dirigidos por ocho mil administradores profesionales y supervisores, han alejado gran número de muchachos de travesuras dañinas, han roto hordas de «rudos» y ahogado bajas tendencias. Las contiendas atléticas han ahuyentado las corridas de toros en los pueblos hispánicos bajo la influencia americana. Los filipinos prefieren la excitación del juego de pelota a la del juego de gallos. El malayo de color de chocolate conoció nuestros juegos nacionales y su calor antes de aprender a hablar inglés. Bajo la dirección de oficiales americanos, los silvestres igorrotos de Luzón han aprendido a divertirse con nuestros juegos atléticos y nuestros bailes antes que matar enemigos. Al principio el salvaje espectador apedreaba a un «pitcher» demasiado hábil, y los juegos con frecuencia terminaban en una pendencia; pero los espectadores americanos y la policía reprimieron tales tendencias y ahora los igorrotos son buenos *sportsmen*. En China, a medida que el uso del opio declina, el *sport* se entroniza, y millares de chinos hacen largos viajes por ferrocarril para asistir a los encuentros nacionales. A la luz de la experiencia no parece temerario pronosticar que los toros y los gallos, el opio y jaranas vinosas, toda infernal orgía de fanatismo religioso y todo rito obscuro o sangriento en los templos asiáticos, serán reemplazados en una o dos generaciones por juegos de pelota y carreras, bailes populares y espectáculos simbólicos, si en los centros públicos de recreación inspeccionados se enseña a los niños alegres y sanos juegos.

La *sublimación* ocurre cuando las exigencias originales de nuestra naturaleza aceptan satisfacción puramente imaginativa o se mezclan con elementos de cultura. Esto conduce al goce del arte, que es una expansión del todo diferente a los juegos. La música toca y conmueve instinto tras instinto, pero no de

modo a amenazar el equilibrio del hombre civilizado. En el teatro, nuestras emociones son alimentadas con las situaciones presentadas por el amor, la guerra, la diplomacia, el crimen, las aventuras, la política. El instinto de huir, suprimido en la vida real desde la niñez, hace que nos mantengamos en suspenso sin aliento ante la representación cinematográfica del animal o del hombre perseguido. El instinto maternal se excita con la representación del niño abandonado, la víctima desamparada, el héroe herido.

La bien urdida trama de la novela o del drama es un desafío al instinto de la curiosidad, como un acertijo o un enigma. El espíritu de combate jamás es olvidado; pues, como dice el Presidente Hall, «Cada drama o romance culmina en un conflicto que concluye en el triunfo de una fuerza o persona y la derrota de otra, y el interés de todo ello es que el conflicto es más intenso en las cuestiones más claramente expuestas y palpables que en la vida real en torno de nosotros».

Hay signos de que la sociedad, que ha sido ya convertida a la política de proveer juegos, puede ser todavía inducida a hacer algo por la música y el arte. Bandas y orquestas municipales no son infrecuentes, y el horror puritano al teatro casi ha desaparecido. Los educadores reconocen el poder socializador del buen drama, y un escenario hay siempre en los nuevos edificios escolares. Las agencias sociales toman siempre interés en producir buenas representaciones, y los centros sociales públicos pueden anular las malas tendencias del teatro comercial.

Tal vez dentro de medio siglo será una cosa natural para la comunidad sostener campos públicos de asueto, lugares de recreación y teatros, como es hoy una cosa natural sostener escuelas públicas. Pues si es conveniente que la sociedad cuide de nutrir el intelecto, ¿por qué no ha de serlo igualmente que establezca agencias que tiendan a preservar el equilibrio entre los deseos primitivos y los sentimientos humanos y sociales?

(Tomado de *La Reforma Social*, que dirige en Nueva York don Orestes Ferrara).

Mr. Lloyd George, Presidente del Consejo de Ministros de la Gran Bretaña, después de consultar con los jefes del partido obrero, con los representantes de los dominios independientes del Imperio Británico, con Mr. Asquith y con Lord Grey, definió en 5 de Enero del corriente año (1918) los fines de la Gran Bretaña en esta guerra:

Aquello por lo cual no estamos combatiendo.—No estamos haciendo una guerra de agresión contra el pueblo alemán.

Desde el primer día de la guerra hasta el día de hoy la destrucción o disrupción de Alemania o del pueblo alemán *no* ha sido nunca para nosotros un fin de la guerra. Ni estamos com-

batiendo para destruir a Austria-Hungría, ni despojar a Turquía de su capital ni de los ricos y renombrados países del Asia Menor y de la Tracia, en que predomina la raza turca.

Estamos combatiendo:

I. En Europa.—Por la completa restauración, política, territorial y económica, de la independencia de Bélgica y por aquella reparación que pueda hacerse por la devastación de sus ciudades y provincias.

Por la restauración de Serbia, Montenegro y las partes ocupadas de Francia, Italia y Rumania.

Por la entera retirada de los ejércitos enemigos y la reparación de las injusticias hechas, como condición fundamental de una paz permanente.

En unión con la democracia francesa estamos combatiendo a muerte en su demanda de una reconsideración de la gran injusticia de 1871, cuando, sin consideración a los deseos de la población, dos provincias francesas le fueron arrebatadas a Francia para ser incorporadas al Imperio Alemán.

Por una Polonia independiente, que comprenda todos aquellos elementos genuinamente polacos que desean formar parte de ella; necesidad urgente para la estabilidad de la Europa Occidental.

Por un gobierno genuinamente independiente, basado en verdaderos principios democráticos, para aquellas nacionalidades austro-húngaras que por tanto tiempo lo han deseado.

Por la satisfacción de los derechos legítimos de los italianos a su unión con aquellos de su propia raza y lengua.

Para que se haga justicia en sus legítimas aspiraciones a los pueblos de sangre y lengua rumanas.

II. En Asia y Africa.—Para que el paso entre el Mediterráneo y el Mar Negro se internacionalice y neutralice.

Para que la Arabia, la Armenia, la Mesopotamia, la Siria y la Palestina tengan derecho a que se les reconozcan sus condiciones de nacionalidades separadas.

Para que las colonias alemanas sean tenidas a la disposición de una conferencia, cuya decisión deba considerar ante todo los deseos e intereses de los indígenas de dichas colonias.

III. En General.—Por la reparación de los daños causados en violación del derecho internacional, especialmente con respecto a nuestros marineros.

Por el establecimiento por medio de una organización internacional de alguna alternativa que no sea la guerra, como medio de zanjar las disputas internacionales.

IV. Las bases de una paz duradera.—El restablecimiento de la santidad de los tratados.

La consecución de un arreglo territorial basado en el derecho de la libre voluntad o en el consentimiento de los gobernados.

EOS Apuntes y Recortes - Fundada el 1.º de
Febrero de 1916 - Suscripción: 4 números
50 céntimos - Núm. 15 cts. - Atrasado 20.

NOTAS: Los colaboradores que nos honren con sus producciones deberán dirigirse al señor Director.

Los canjes y todo lo relacionado con la Administración de EOS, a los señores Falcó y Borrásé.



LECTURAS

Revista de Literatura, Ciencias,
Historia y Variedades. 20 pági-
nas de lectura con grabados.

Precio del ejemplar: 20 CÉNTIMOS. Falcó y Borrásé, editores propietarios.

La Geisha

Avenida Central, San José

La más elegante y más bien surtida pastelería y repostería del país : Con-
fites y conservas de todas clases constantemente frescos : Vinos y licores
de las marcas más acreditadas : Chocolates, cafés, té y helados a todas
horas : Especialidad en servicio de bodas, bailes y bautizos.

Fábrica de Velas LA POLAR

La que más velas despacha por su buena calidad y la fina atención
con que su propietario atiende a su numerosa clientela.

Esta fábrica se ha aumentado para combatir la competencia.

Dirección: 100 varas al sur de la Escuela Mauro Fernández - Telé-
fono 126 : Apartado 756 : San José, Costa Rica.

CESÁREO G. GARCÍA

Crespina Oriental

¿La ha usado usted alguna vez?

Si no la conoce solicítela en cualquier botica de importancia y
úsela, pues además de suavizar, fortalecer y hermoear el cabello,
evita que se vuelva cano.

Si usted acostumbra peinarse con la CRESPIÑA ORIENTAL,
puede estar seguro de que su cabello permanecerá siempre negro y asedado.

C691e
e.2.

Miguel Canas
v.21.

EOS



Tomo VII = Precio: 30 CÉNTIMOS = Cuadernos 89-90

Administración:
7.^a Avenida, Este, 42
San José, C. R.

EOS

Propietarios:
- Falcó y Borrásé -
Apartado 638

APUNTES Y RECORTES



Haremos ver que las declaraciones contra la inutilidad de las teorías.... no han probado jamás sino la ignorancia de los declamadores. Mostraremos que la inutilidad o los efectos funestos de tantas aplicaciones desgraciadas, deben ser atribuidos justamente a la imperfección de las teorías, absolutamente nunca a su profundidad.

CONDORCET

1792

Es menester

ES MENESTER que esta guerra sea, para la humanidad, una lección. Es preciso que la humanidad, concienzuda, diligente, profundamente se pregunte, hoy y en lo futuro, lo que esta guerra significa. Es necesario que con voluntad resuelta y constante haga todo lo posible por evitar la repetición de semejantes horrores. Estas dos condiciones son más que evidentes, pero muy difíciles de realizar. Pensémoslo bien, y luego recordémoslo en cada uno de nuestros actos, según lo manda el justo precepto de los moralistas.

Hasta hoy la guerra lleva demostrado, de un modo terrible, un antiguo adagio filosófico: «La posibilidad crea el deseo».

Provista, por su organización material y mental y por la orientación que desde hace un siglo venía progresivamente dando a su actividad, de un poder que le permitía, según ella, desafiar al universo, Alemania desencadenó esta guerra contra el mundo. Ha hecho todo aquello a que se creía autorizada por su Fuerza.

Todos los esfuerzos de los hombres deben, pues, tender a impedir que una nación cualquiera, y particularmente la nación alemana, que tanta ambición ha mostrado, adquiera poder suficiente para pensar en avasallar a las demás naciones.

Y como la unión es la única que hace eficaces las fuerzas de que los hombres disponen, es necesario que, mientras la potencia alemana subsista, las naciones que conservan aún el sentido y el amor de la libertad y de la dignidad humana permanezcan unidas y garanticen el

mantenimiento de una fuerza coherente capaz de inspirar respeto a la potencia alemana.

No nos extrañe el tener que defender nuestra libertad, aún después de que la hayamos reconquistado. Fué el más grande representante del pensamiento alemán, Goethe, quien nos advirtió que no podemos ser libres más que cumpliendo con esta condición. «Hé aquí—dice hacia el final de su Fausto—la última palabra de la sabiduría: Sólo es merecedor de la libertad y de la vida aquel que a diario tiene que reconquistarlas».

A este precio todos los sacrificios lograrán su recompensa. De otro modo, la humanidad se encontrará un día en la situación en que estaba en Julio de 1914: en la obligación de escoger entre una guerra tanto más formidable cuanto más se difiera, y la aceptación pasiva de la ley del más fuerte.

EMILIO BOUTROUX

Bibliografía

Editorial RENOVACION. — JACINTO BENAVENTE
Páginas selectas.—San José, 1918

1.—Este señor es otro gran poeta, dramaturgo famoso y, para mi gusto, mejor prosista que inventor de farsas. En busca de páginas selectas, antes de escenas, andaría yo tras de crónicas de «Sobre Mesa», y de «Cartas de mujeres», y demás admirables cosas por el estilo...

Con todo eso, he de confesar que el acto primero del cuento dramático de «El príncipe que todo lo aprendió en los libros», es, sencillamente, un precioso dije literario, brillante resplandor de nuestro gran teatro en manos de Tirso, Lope y Calderón el de «La vida es sueño». Ahí están el viejo y el muchacho, el galán joven y la dama, y el gracioso metido en todo y con mejor filosofía que todos, en cuenta Rey y Reina. Cuando esta señora cuida de ciertas pequeñeces—para el equipaje de su hijo, que al fin se marcha a estudiar el mundo—como «dineros y

camisas», el Rey dice: «¡Oh! Las mujeres... Nunca saben dar a una situación la solemnidad conveniente». Y el preceptor: «Señor, ¿hay nada más solemne que estos vulgares cuidados de las madres?»... Por supuesto que entre bromas y veras, se exhibe el autor como pedagogo de alto «coturno»... y también de «zuecos» —lenguaje de «Retórica y Poética»—, es decir, pedagogo moderno de verdad, educador de libros y de viajes, a modo del inglés.

2.—Sigue en mérito—a mi parecer—la carta a su madre de una joven casada y recién madre también. El «bello desorden» de esta epístola familiar me parece digno de cualquier oda... según Boileau, que no según Horacio, el cual manifestó en las suyas tan admirable orden lírico. Cierto que la carta desordenada daba cuenta del acontecimiento reciente; pero es muy graciosa esa volubilidad de la señora en cama todavía. Pide perdón por sus ingratitudes de niña, y teme que su recién nacido le sea ingrato algún día... «Si fuera siempre así este pedacito de mi vida». (Ya un poeta menor había dicho: «¡Que no crezcan, que no crezcan—Los ángeles de mi hogar!») «No, mamá, ya no soy la niña nerviosa y antojadiza, ya no me dan ataques, ni desconfío de mi pobre Julián, que es muy bueno»... «Son muy bonitos los modelos de talmas y gorritos que enviaste»... «¡Qué modo de crecer este hijo mío!...» «Es una hermosura: ya me conoce y se ríe»... Algo así había cantado Virgilio: risu cognoscere matrem... Por lo demás, una carta es de lo más difícil de escribir, para ser buena. Las hay sobre manera célebres, desde la de Urías hasta las dos que acabo de leer en un diario, con espanto y admiración. Pero entre la del Antiguo Testamento y este último par de tipos, muestran a sus respectivos autores las fáciles de Cicerón, las morales y algo pedantescas de Séneca, las de Santa Teresa, vivo retrato de la más célebre mujer española, y la de «¡Quién supiera escribir!» también española de cuerpo entero.

3.—Siento parecer pedante también yo, tan ajeno de Séneca; pero de cartas había demasiado que decir. Y aquí mismo, en Costa Rica, hubo quien las escribiese,

sin ser literato de oficio, muy dignas de un Centón modelo; pero volvamos a Benavente, clásico por más de un motivo, según biógrafos de viva voz. «El cantor de la miseria» me parece también una pequeña obra maestra, y eso que la pongo en tercer lugar, aunque para gente más entendida pueda ocupar el primero. Creo que esta es una de sus famosas crónicas de «Sobre mesa». Principia por el desprecio que siente el vate callejero hacia la aristocracia del centro y se va con la música por las orillas, dando gusto a la gente menuda. Canta la pobreza de Cristo y la de San Francisco de Asís, en versos a veces sin sentido ni lógica «pero resplandecientes de armonía». Sus míseros oyentes, de aquel barrio mézquino, le escuchaban embebecidos con «las santas palabras.... justicia, piedad, esperanza». «Jamás cantó de otros amores». Pero, verán ustedes: «la hija del rey era muy aficionada a la poesía». Quiso y consiguió oír al «cantor de la miseria». Este la hizo llorar, y como estaba tan hermosa llorando, el infeliz «se enamora de ella y canta su hermosura».... La Infanta lo hace su cantor de cámara, y de ahí en adelante, se deja de cantar miserias. Desde entonces, el vulgo desconfía.... «Bah! Cantor de la miseria, hasta que las princesas quieran oírle». La ironía final es lo mejor del cuento.

4.—Sigue a tan humano «Cantor»—en orden y también, a mi juicio, en mérito—un cuento arcaico; puesto que parece referirse a cosas de Roma pontificia del siglo en que escribía el Aretino y nuestro Delicado, si no se remontan al propio tiempo del Arcipreste de Hita y de Boccaccio, cuando bonitamente se escribieron, por gente de sotana, las mayores crudezas en torno al Vaticano. Esta de ahora, benaventina, es muy decente, si se compara con aquéllas; pero me resulta tendenciosa, y pienso que hoy no la firmaría su ilustre autor. Este ha evolucionado como tantos otros, dentro y fuera de España, en sentido conservador de política y costumbres sociales, a lo menos de pública decencia....

Porque de «occultis non judicat ecclesia». Luego considero que el Arte, de ser una religión, tiene que manifestarse con suma tolerancia frente a los demás. Y alguien que debía de entenderlo, dijo que sin religiosidad no había poeta sano... «Leyes santuarias» (con «a» para jugar de letras) se titula el cuento, y trata de la ropa blanca y paños menores de las damas romanas en relaciones con cardenales más o menos viejos y mundanos y hasta con «el Padre Santo de Roma», como se dice en castellano, siendo «Santos Padres» solamente los de la Iglesia, como San Agustín, Basilio y Crisóstomos, y tantos otros que gozan de Dios en el cielo y en la tierra les damos culto los católicos. Si nuestro Benavente, hombre ilustre, lo es ya, como tantos otros lo vienen siendo ahora, no hay duda que se habrá dejado de «Leyes santuarias» y de faldamentos romanos.

5.—«La Rebeldía» es buena—quiero decir ahí en esas páginas—y en general y la historia, si el rebelde se salió con la suya; que si no, quédase en loco, y acaso en delincuente. Si a Colón le coge en el Golfo de las Damas el Cordonazo de San Francisco y hunde sus carabelas, ¿no es cosa la que se arma en Europa sobre su calaverada!... ¿Salió con bien? Pues adelante, y viva Colón para siempre. Sea genovés o sea gallego, es un héroe sabio y santo. Concluye su texto el autor con esta exclamación filosófica: «¡Felicés esos espíritus de concordia que logran ser gloriosos y queridos, los que no fueron nunca perturbación ni turbulencia!» Pero hay algo de contradicción, entre ese final filosófico y este comienzo histórico: «Los ideales pequeños son siempre enemigos de los grandes. No hay gran patriota, sea cualquiera la manifestación de su patriotismo: artística, política, militar, que no haya perturbado la tranquilidad de su familia».—El error es éste y grande: «Fué Jesús el que dijo a su madre: «Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo?»... Nadie ha traducido así las palabras de Jesús cuando su madre le dijo: «No tienen vino» (en las bodas de Canán), sino: *¿Qué nos va en eso a mí y a tí, mujer?* (Versión de

Torres Amat, del texto griego: *Ti emoi kai soi, gynai?*... Y en seguida muestra el evangelista «lo común» entre hijo y madre, la cual dijo a quien correspondía: «hagan lo que él dijere», y, aun a su pesar, llegó para Jesús la hora» de su primer milagro, según San Juan... Nada tiene, o muy poco, el error de quien sabe tanto como Benavente... a quien retrata de cuerpo entero su hábil prologuista, que tan bien acertó ahora a presentar a su autor.

6.—Conviene a mi propósito la siguiente indicación, valga lo que valga; porque no todos los prólogos merecen la pena de citarse. Lo que no creo, del buen Prólogo, es en «la moral mojjigata de la España ensotanada»; porque no hay tales sotanas ni mojjigaterías, ahora ni en la hora de las novelas ejemplares, o picarescas. Tampoco estoy por la cita del ramplonísimo conferencista bigamo, ni por la ortografía de g, por j, en «trajinar»... Pero, con todo, prefiero el prólogo firmado «J. P.», al llamado Soneto que le sigue, sea cualquiera su firma. Por supuesto que digo lo que me parece, sea lo que fuere otro parecer. Nunca he jurado en las palabras de ningún maestro... Y por fin y postre de esta nota biográfica, digo que parecerá escrita al revés, puesto que termina por donde había de comenzar; pero empecé por lo que acababa de leer y me pareció mejor, y así quedó para mucho después la breve censura de una versión errónea, viniendo a terminar por el prólogo—casi enteramente bueno... Y si alguien opinare que lo hago mal ahora, con hacerlo al revés, o de revés, digo, y estoy dispuesto a sostenerlo a cualquier entrevistero impertinente, que me ajusto a la última moda, según la cual todo se hace y anda al revés... aquí y en todas partes, casi como suena el Prefacio que diariamente oímos los cristianos.

VALERIANO F. FERRAZ

(7-X-18.)

La paz

Todo el mundo aspira a la paz y todo el mundo contribuye a la guerra.

Son muy pocos los que no desean la paz. Aun los grandes conquistadores—los Napoleón, los César, los Alejandro el Grande—no han considerado la guerra sino como el medio de obtener la paz.

¿A qué debe atribuirse esta oposición entre los resultados obtenidos y los deseos expresados?

Nunca nos ha pasado por la cabeza la acusación contra los pacifistas de insinceridad, duplicidad o hipocresía. Estamos convencidos de que sus intenciones son buenas,.... pero el Infierno está empedrado de buenas intenciones.

Así pues, si la buena fe no puede ser puesta en duda, no queda otra explicación que la de la ignorancia. El fracaso en la acción revela un error en el razonamiento.

Y el error que se ha cometido es el de creer que se puede decretar la paz, o sea, que ella puede resultar de tratados internacionales, de Congresos interparlamentarios, de tribunales de arbitraje. No se decreta la paz, como no se decreta un eclipse de sol o la hora de la marea.

Y el mismo error se manifiesta también en la idea de creer que está en las manos de alguien el desencadenar la guerra.

Ni las guerras ni las revoluciones se hacen: se sufren: son el resultado inevitable de una mala organización social, esto es, de una organización que no está en armonía con las leyes del orden. Las sociedades que no han sabido o no han querido someterse a las prescripciones de la Ra-

zón Impersonal, recogen estas y otras cosechas de desgracias.

Sin embargo, si no podemos ni desencadenar la guerra ni decretar la paz, podemos en cambio organizar la sociedad para la paz o para la guerra.

Pero este problema no es de orden experimental. Las experiencias de los pueblos han sido siempre catástrofes. En el dominio moral hay que determinar a priori lo que debe ser y lo que no debe ser para que el orden reine.

No se le ocurriría nunca a un hombre de juicio construir sin plan, a puro tanteo, una máquina algo complicada, un automóvil o un telégrafo. Y este plan no podría establecerse sin conocer los principios elementales de la física y de la mecánica. Y el conocimiento de estos principios no puede adquirirse sin matemáticas.

La cuestión social es, pues, la siguiente: ¿Podemos formarnos un plan? ¿Tenemos un punto de partida? ¿Verdades demostradas de una manera tan lógicamente irrefutable como los teoremas de geometría?

Si, en el dominio mecánico, conocemos la naturaleza de los materiales que usamos, ¿conocemos igualmente la naturaleza de los elementos que componen la sociedad? ¿Conocemos la naturaleza del hombre?

¿Sabemos si es libre, si es capaz de escoger? ¿Es libre o es el juguete de una voluntad todopoderosa o el maniquí de un determinismo puramente físico o el de un fatalismo panteísta—que se dice espiritual?

Y a suponer que el hombre sea libre (para mí no es ya suposición, es verdad demostrada), ¿cómo distinguirá entre lo que debe hacer y lo que no debe hacer?

—Por el razonamiento, que es esencialmente egoísta, que lo refiere todo al yo.—Bien! ¿Pero cómo distinguirá un razonamiento bueno de un razonamiento malo?

Este es el problema. Mientras no se le haya resuelto, todos los esfuerzos intentados para el advenimiento perenne de la paz—por meritorios que sean desde el punto de vista individual—, no constituirán más que una agitación vana o nefasta.

¡Medítenlo los verdaderos pacifistas! La salud de la humanidad está en juego.

Mientras no sepamos distinguir de una manera racionalmente irrefutable el buen razonamiento del razonamiento falso, el estado de guerra existirá siempre entre los hombres, guerra civil o guerra internacional o ambas a la vez.

VÍCTOR LAFOSSE

Trad. E. J. R.

Sinceridad

La sinceridad consiste en ser *franco, leal y veraz*, o de otro modo, en ser *dadivoso, sin doblez en el trato y en decir siempre la verdad*.

Dice Víctor Hugo, no sé donde, pero creo que es en su drama *Lucrecia Borgia*: «Los pescadores de Calabria, cuando me sumergían en el mar para hacerme fuerte y atrevido, me enseñaron una máxima con la cual se arriesga algunas veces la vida; pero nunca la honra: *Haz lo que digas; di lo que hagas*». Y Shakespeare pone en boca de Polonio estas palabras: «Ante todo, sé sincero contigo mismo, porque tu propia sinceridad te preservará de ser falso con los demás»; pero antes había dicho: «Guarda tus pensamientos».

La primera máxima parece más castellana o aragonesa que oriunda de las orillas del Adriático; la tercera más italiana que inglesa y no se compagina bien con la segunda. ¿Cómo pueden ocultarse los pensamientos y ser sincero con los demás?

La prudencia y la discreción ¿no se oponen a la sinceridad? La prudencia es la medida del pensamiento, la palabra y la acción. ¿Cuál es el límite de la verdad y de la acción sinceramente dicha o ejecutada? ¿El temperamento quisquilloso de los demás? ¿sus pasiones? ¿sus inte-

reses? ¿la oportunidad de decirla o de hacerla? La discreción es *tacto para hablar y obrar*. Quien dice habitual y sencillamente la verdad y obra sin doblez, ¿no vive en constante indiscreción? Prudencia, discreción, oportunidad ¿son una y misma cosa? ¿Es la sinceridad un defecto o una virtud? La experiencia universal, traducida en concentradas fórmulas, parece condenarla. «Al buen callar llaman Sancho», «Por la boca muere el pez», «En boca cerrada no entra mosca», «El silencio es oro» y mil sentencias más que confirman el consejo de Polonio: *Guarda tus pensamientos*.

¿O será que para poder hablar y obrar con sinceridad, es preciso escoger para vivir un medio en el cual no choquen las ideas, los sentimientos y las acciones que se tengan o ejecuten? Sería como negar el ejercicio de la sinceridad, porque ¿dónde hallar ese medio? En todos ellos hay pareceres y deseos, opiniones, intereses y pasiones contrapuestos. Podría hallarse quizá en la familia, que es el medio por excelencia, si el componente de los hogares saliera de otros en donde la norma del pensamiento y la palabra fuera la verdad, y la de los actos la justicia; en donde las ideas y sentimientos generosos de abnegación y sacrificio formaran un fondo común de todos sus miembros. Y aun así se necesitaría un cuidado extremo para preservarla de influencias extrañas, aislándose en su casa, como Robinson en su isla; y no sólo extrañas, que las de los parientes colaterales suelen ser más perniciosas, como que son más pérfidas, que aquéllas. Pueden los padres ser prudentes en sus relaciones con sus hijos casados; los tíos, tías, primos y primas serán siempre los enemigos de los casados. Son como esas camarillas que se forman detrás o al rededor de los gobiernos y soplan el mal en todas sus formas. Como que son irresponsables.

Pero ni aun formado y preservado así su propio medio, puede usarse de sinceridad completa. La vanidad, el amor propio, el puntillo, la buena o mala salud, las contrariedades de la vida, todo hay que tenerlo presente antes de hablar u obrar. Una chanza puede dar al traste

con la buena armonía entre marido y mujer; una respuesta poco meditada o el tono en que se dé, enfriar el afecto. Y si el carácter de los dos no es igualmente sincero y generoso; si el uno dice lo que piensa y lo que siente, lo que le ha mortificado o resentido, y el otro se lo guarda, lo incuba, encerrándose en un mutismo que ofende y no deja lugar a una rectificación fácil y reconciliadora, entonces la sinceridad es un mal. Un mal para el más sincero y generoso, que vivirá con el flanco desnudo, y también para el otro que envenenará su vida y enfriará el hogar, dando importancia a dichos y hechos que ninguna tenían y hubiera desvanecido una sencilla explicación. Pues si ni aun en un medio escogido adrede puede ejercitarse la sinceridad ¿es ésta una virtud o un defecto? Lo que a todos ofende y con todos choca ¿es vicio o es virtud? ¿O será virtud ejercida para consigo mismo, y vicio en relación con los demás? Tal vez. El hombre que se dice siempre la verdad y no se escatima el juicio de su conciencia, ése es sincero, y si ajusta sus actos a ese juicio o los corrige según su dictado, sin duda, será un hombre de bien. Pero el que dice la verdad a sus semejantes, en toda ocasión, y en todo tiempo obra sin cuidarse para nada del juicio ajeno ¿es un hombre virtuoso, merecedor de la estimación pública, o un necio que, mostrándose tal cual es, vive expuesto a ser la víctima de los cautos que esconden sus pensamientos, y, en todo caso, a la animadversión de todos aquellos a quienes la verdad ofende o estorba? Lo cierto es que los hombres genuinamente sinceros han sido tildados en todo tiempo de intransigencia y condenados a vivir en el aislamiento. Aun la familia misma, en la marea creciente de sensualismo que ha ido invadiendo las sociedades, los va relegando, como las olas del mar van arrojando a la orilla los despojos de un naufragio.

¿Es virtud, vicio o necesidad el ser sincero?

¿O no será nada de esto sino el resultado de un temperamento? Los nerviosos, los sanguíneos, los biliosos y

los linfáticos pueden ser igualmente sinceros? Los nervios vibran en los unos, la sangre bulle en los otros, la bilis marca su huella en los terceros; en todos ellos, un ademán, los ojos, la fisonomía entera, revelan el pensamiento oculto: sólo la linfa, como las aguas muertas, recela las sensaciones y pensamientos de su sujeto. Y al combinarse esos temperamentos entre sí, como generalmente sucede, la cosa se complica. Las vibraciones de los nervios y la onda sanguínea, combinados, se mueven con tal rapidez, que antes que la voluntad se manifieste, ya publicaron el pensamiento íntimo; la bilis modificará, empeorándolos, las vibraciones nerviosas y los sacudimientos de la sangre; la linfa ahogará los nervios, aclarará la bilis, pero su fondo permanecerá inaccesible a los ojos extraños. La discreción en estos temperamentos es ingénita; pero no cabe en ellos la sinceridad. En cambio, en los otros, la sinceridad corre como de su fuente... y la indiscreción también. Y aquí de las fórmulas concentradas de la sabiduría humana: «Genio y figura hasta la sepultura».

Pero si la sinceridad—virtud, vicio, necedad o resultado del temperamento de cada uno—no se puede ejercer sin graves inconvenientes sino para consigo mismo, en los profesionales de las ciencias aplicadas, en los comerciantes, agricultores, industriales y menestrales, la gravedad de su ejercicio asume proporciones de desastre. Los sinceros, los verdaderamente sinceros, irán al fracaso irremediable; inermes y desnudos, serán blanco inerrable a los tiros de los competidores. La farsa ¿no es la mitad del buen éxito? Y no se diga que los buenos éxitos de los farsantes no duran, porque los resultados tangibles de ellos son tan permanentes, como la desilusión y el desaliento de los científicos sin farsa relegados a un plano absolutamente inferior a sus méritos y saber. ¿Quién no ha visto eminencias médicas, por ejemplo, arrastrando una vida de gánapán, mientras que los más obtusos de sus discípulos se hicieron, en poco tiempo, capitalistas? ¿Quién no conoce abogados probos y muy competentes, sin un

pleito, cuando abundan en él bufete de los rúbulas? ¿E ingenieros civiles, constructores y arquitectos sin trabajo, mientras que gentes extrañas a esas profesiones administran ferrocarriles, dirigen las obras públicas, construyen carreteras, levantan edificios y se hacen ricas, aunque ferrocarriles, carreteras, acueductos, edificios públicos y casas particulares anden o queden como deben andar y quedar las obras de la impericia mantenida por el favor?

Hay, sin embargo, un lugar en donde la sinceridad es necesaria y sin la cual no se va a parte alguna: la *prensa*. Cuando la revista o el diario carecen de ella, su labor es nula, a menos que sean productos mercantiles, en el cual caso no merecen el nombre de *prensa*. Como no se llama cátedra, tribuna o púlpito la mesa en que se encarama el vendedor al *martillo* de mercaderías de desecho. La revista, el diario, la *prensa* debe tener una personalidad moral bien definida. Los diarios *tribuna libre* más son columnas de Pasquino o tablones de avisos que *prensa*, y causan mil veces más daño a la sociedad que el libre expendio de sustancias nocivas a la salud. En ellos, las miserias del hogar ajeno, el escándalo diario servido en detalle, la mentira sensacional e interesada, la defensa sucesiva y a veces simultánea del pro y el contra, el aplauso incondicional a quien lo paga o lo impone, la insinuación maligna contra el competidor, el *chantage* contra los anunciadores... la farsa odiosa y libertaria de quien nada tiene que perder, si no es dinero, constituyen el más eficaz vehículo de desmoralización de las costumbres y de perversión intelectual. La ley del pensamiento escrito o hablado es la verdad, como la de las acciones, la justicia. Palabras y obras que se salen de esas normas o van contra ellas, son pecados, y si dañan a la sociedad o a terceros son delitos.

Pero se dirá que esa *prensa*, al proceder así, también es sincera. Lo sería si no pretendiera encubrir todo su fango con el barniz de los intereses generales, del bien público, y no invocara para escudarse el derecho de ejer-

cer su *industria* y emitir su pensamiento. Es sincero el franco bandido que, en Sierra Morena o en Calabria, Parrón o Pascual Bruno, se echa al campo y, en abierta rebelión contra las leyes, desafía el poder social y lucha contra él hasta tropezar con el garrote o con la horca; pero no lo es la falsa piedad que detrás de la cruz alumbraba al diablo, ni lo son aquellos que ocultan sus siniestras intenciones, sus ansias de lucro a todo trance, su concupiscencia, detrás de los baluartes alzados por la libertad y para la libertad. En todo caso, su sinceridad sería cinismo.

La sinceridad es sustancial condición de la eficacia de la prensa y de la fecundidad de la palabra del predicador y del tribuno. De Mirabeau, manchado con todos los vicios de su tiempo, dice el historiador que era un perfecto hombre de bien en la tribuna. La posteridad ha olvidado los vicios del hombre, pero los discursos del tribuno perduran y continúan enseñando.

Y en fin de fines ¿qué es la sinceridad? ¿Es vicio, virtud, necesidad, producto del temperamento o qué? Sin duda, virtud cuando se ejercita en sí mismo, y condición esencial de la prensa también; en otros casos, quién sabe lo que será! Aunque, por lo rara, debe de ser virtud, y también por lo que le choca a la mayoría de las gentes.

QUINTILIANO

NUESTRAS COLABORADORAS

Fuertes son los que se adaptan

Demasiado largo tiempo han sido considerados como seres excepcionales los soñadores, los que, creyéndose por encima de su medio social, se aíslan lo más que pueden, a fin de no ser chocados. Es esto una supervivencia de la opinión favorable que los románticos—los cansados o agotados—habían sabido conquistar, y que no parece pronta a extinguirse.

Hace unos 20 años, cuando se decía de un niño o de un jovencito «que era nervioso», el dicho sonaba a elogio. Ser nervioso consistía en ser esclavo de una emotividad indirigible e ingobernable, saltar al menor ruido, reír o llorar por naderías. El dominio de sí mismo no era entonces algo que se buscara; al contrario, se tenía a honor el sentir violentamente y el manifestar con aspavientos lo que se sentía, y más cuando fuese dolor.

Todavía hoy, no es muy raro oír a una madre decir de su hija, casi con gusto: «¡Es tan nerviosa, tan impresionable! Procuramos evitarle todo espectáculo penoso»... Y el luto ha entrado en la casa, y las penalidades y tristezas han amargado los días de los buenos padres; pero a la niña se le ha disimulado todo, sin dejarla iniciarse en lo que es la pasta misma de la existencia. ¡Y esta niña habrá de ser a su vez—es el voto ardiente de la madre—, dentro de uno o dos años, esposa y luego madre también! ¡Cómo no han de ser catástrofes tantos matrimonios!

...Han sido y son así ciertas educaciones, muy librecas y poco experimentales, inspiradas en un falso ideal: *el de volar*. La ponderación se queda para los que no tienen alas. ¡Volar! No empeñarse en cosas materiales, crearse una atmósfera ficticia de ideas imprecisas, de utopías azules, que recaen en copos sobre quienes las han creado o acogido, algodónándolos en su egoísmo o, mejor dicho, en su debilidad.

Sí, debilidad es la palabra. Adaptarse no significa someterse a las condiciones en que se encuentra uno colocado: adaptarse es conquistar dichas condiciones y hacerlas servir, sean ellas las que fueren, a la más alta expresión de la propia personalidad.

ELENA MOREAU

Trad. E. J. R.

¿Por qué?

Arañita sutil, ¿por qué tu tela
has de tender en la penumbra triste
de mi aposento, donde nunca viste
tu cuerpo el oro de la luz que ríela?

Mira al jardín que tu quietud recela,
lleno de encantos como no creíste.
¿Por qué entre flores tu mansión no hiciste
como tu hermana, que entre encajes vela?

La vida es dura, y de vivirla habemos.
¿Por qué si el Arte su pensil nos brinda
nos aferramos a la horrible prosa?

¡Ah, no! Vivamos de ilusión... Soñemos.
¡Que cuando el peso de la edad nos rinda
quede en nuestra alma una visión hermosa!

EOSINA

6 de Set. 1918.

Ideas nuevas

Un día dijo un joven abogado que las ideas de *Eremita* eran todas viejas, y dijo una verdad como un templo; pero como las que hemos expuesto son fundamentales, resulta que lo dicho, en son de reproche, se convirtió en elogio.

Ideas fundamentales nuevas no hay, no puede haberlas. Al aparecer el hombre, comenzaron a funcionar, a verificarse en la práctica, de tal modo, con tal constancia y con tan idénticos resultados, que cuando se recorren los hechos conservados por la tradición y la historia, inmediatamente se adivina, en su encadenamiento, la lógica inflexible con que ellas se cumplen. Porque si es cierto de toda certidumbre que cuando se rompe el equilibrio en algún punto del mundo físico se produce una perturbación que dura hasta el restablecimiento

de aquél, también lo es que todo desequilibrio moral produce una perturbación que, semejante a las físicas, dura tanto como el desequilibrio que la produce.

Sin embargo y dudando siempre de nuestra competencia, pensábamos que si las ideas que preconizábamos eran viejas, los jóvenes debían conocerlas, por lo que decía Larra: Somos más instruidos que los viejos: sabemos lo que ellos saben más lo que nosotros hemos aprendido. Y nuestro desconsuelo fué grande, y decidimos soltar la pluma y condenarnos de nuevo al silencio de nuestra celda. Pero cayó en nuestras manos la revista norteamericana *Inter-América* y en ella nos hallamos con que en la gran nación del Norte están preconizando, no sólo ideas viejas, sino los mismos idénticos principios que nosotros hemos venido exponiendo. WINIFRED KIRKLAND, célebre escritora, con claridad insuperable, demuestra cómo la *muerte nueva* ha realizado y puesto en evidencia el principio de la inmortalidad del alma. «Semejante a otras muchas influencias de la guerra, dice, sentidas pero no expresadas, la potencialidad de la muerte nueva está por descubrirse; pues, conducida por el dolor, el alma de los sobrevivientes trata de penetrar en la senda hacia la cual nos impele tan imperiosamente el recuerdo de nuestros arrogantes jóvenes muertos.»

«La muerte nueva, que se introduce ahora en la historia como una influencia, consiste principalmente en una ardiente e inmensa cualidad receptiva, en un sometimiento sin precedente del corazón y del cerebro a todas las condiciones de supervivencia. Es una gran intuición que se apodera de los sentidos, de la gente que ha hecho el pasado y que hará el futuro»...

«Bajo la garra del dolor nos volvemos instintivamente en busca de consuelo más autorizado que cualquiera de esas promesas (de las de los científicos y de los teólogos). La ciencia ha dado a cada uno de nosotros el medio de aproximarse prácticamente a cualquier tema que procure y afirme nuestro avance en sabiduría; pero

la ciencia no puede convencernos por más tiempo de que *no tenemos alma cuando la sentimos sufrir de tal manera*. Es imposible hoy para el pueblo *negar la existencia de hechos espirituales que requieren para su interpretación el ejercicio de facultades espirituales*».

«Por primera vez en la historia la inmortalidad ha llegado a ser un resultado práctico que el hombre debe encontrar (hacer constar?), o de lo contrario, terminaría la historia.»

«Hay algo que persiste bizarramente en toda vida incompleta».

«Existe siempre la continuidad de una vida cortada... En la religión cristiana se ve el ejemplo supremo de este hecho, porque fué el poder de la muerte de un joven lo que estableció aquella religión: estaba fundada en la psicología del instinto universal de continuar un misterio interrumpido como única salida dejada a la afección».

«*Si la conservación propia existe para la supervivencia de algo ¿no existirá la inmólación para la existencia de otro algo?*»

«Es un hecho de incontrastable evidencia que millares de soldados han marchado a su fin no sólo con serenidad sino con alegría de corazón. Este regocijo heroico es la prueba mayor que puede dar un hombre de su fe en que el alma perdurará más que el cuerpo».

Y en otro orden de ideas, hallamos en la misma revista las expuestas por Maynard M. Metcalf: «Hay leyes fisiológicas, si así podemos llamarlas, cuya autoridad sobrepasa todas las leyes dictadas por el Estado; hay igualmente *leyes económicas y leyes morales* mucho más vitales en las relaciones humanas que todos los dictados nacionales. EL ESTADO NO ES LA FUENTE DE LA LEY FUNDAMENTAL que los ingleses llaman DERECHO NATURAL. ÚNICAMENTE LAS FORMAS LEGALES PARA EL FUNCIONAMIENTO DE ESTE CUERPO DE LEY FUNDAMENTAL DEPENDEN DEL ESTADO. LA VERDAD ES EN SÍ MISMA LA FUENTE PRIMERA DE TODA LEY FUNDAMENTAL... EL ESTADO NO ES SINO EL MEDIO DE AYUDAR A LOS CIUDADANOS A ADAPTARSE A LA REALIDAD

FUNDAMENTAL.»

«Volviendo al fenómeno de la presente guerra, hay algo que se destaca con marcado relieve, y es que *cuando se ataca el sentimiento moral de humanidad*, conviértese éste en poderoso factor determinante del triunfo en la lucha entre las naciones. El no admitir este hecho ha costado muy caro a Alemania... *La espantosa demostración de la inviolabilidad de la verdad moral*, como de toda verdad, puede llegar a producir al cabo resultados dignos con mucho de su terrible costo.

«Para nuestra nación, lo mismo que para las demás naciones, la lección consiste en que la conformidad a las leyes naturales es esencial para el desarrollo de la verdadera fuerza nacional, y que *el grupo llamado moral y espiritual no es de secundaria importancia en las categorías que se definen dentro de este gran cuerpo de ley fundamental*. La conservación de nuestros recursos naturales *debe incluir la promoción de la fuerza moral* y una simpatía comprensiva hacia la humanidad».

En lo económico, hallamos este concepto: «La diferencia de fortuna y posición se impone; pero la razón y el remedio dependen en gran parte del individuo. Ninguna provisión legislativa ni ataque de orador callejero (o de escritor alquilado) contra el «sistema» o el «capital» ha alterado jamás *este principio fundamental*,» dice George M. Janes en la revista de Mayo último.

Y así podríamos seguir citando hasta el fastidio *ideas viejas* como el mundo, predicadas en ese gran pueblo, para el consumo doméstico y el universal, puesto que el olvido de ellas parece haber sido la causa primera del espantoso cataclismo que está liquidando un estado de civilización fundado precisamente en otras ideas viejas, también, pero antagónicas a aquéllas.

Inter-América, pues, nos ha reconfortado y será como un testigo irrecusable, puesto que se escribe en un pueblo *positivista, trabajador y bragado*, muy poco dado a las teorías filosóficas y morales, de que las ideas viejas son necesarias como factor indispensable

del verdadero progreso.

Un grande espíritu, que pagó con su vida su fidelidad a esas viejas ideas, planteó en las tres proposiciones siguientes los fundamentos ciertos de la verdadera libertad, medio natural de todo progreso efectivo: «Todo el que ataca el influjo de la religión en su patria es o aspira a ser tirano o es sectario de la tiranía».

«Todo el que ataca el influjo del saber en su patria es o aspira a ser tirano o es sectario de la tiranía».

«Todo el que ataca el influjo de la riqueza en su patria es o aspira a ser tirano o es sectario de la tiranía».

Y como el progreso paralelo de esas tres fuerzas—virtud, saber, riqueza—en su máximo desarrollo constituiría un máximo estado de civilización, y en relativo desarrollo el estado de civilización en que nos hallamos, es fuerza concluir que los que trabajamos por mantener el prestigio de ellas, laboramos por la libertad y la civilización, como trabajan por volvernos a la tiranía y a la barbarie los que tratan de destruirlas o menguarlas. Y también se puede deducir que esas ideas no se llaman *viejas* sino *fundamentales* y que lo único que puede ser nuevo es la manera de presentarlas. Y en esto tiene mil veces razón el joven abogado: nuestra manera sí es vieja y hasta anticuada, pero no lo podemos remediar. A él y a sus contemporáneos de darles forma clara, precisa, elegante, rica en galas, a fin de que, por el encanto del lenguaje, se alberguen fácilmente en la memoria de los lectores y sean alimento nutritivo de su mente y de su corazón.

EREMITA

La razón

(Vea Eos n.º. 79, Pág. 97 y siguientes)

--...Sostengo que sólo por su propia RAZÓN puede llegar a la verdad el hombre.

—¡Sólo por su razón!

—Sólo por el ejercicio de las facultades de su espíritu. Tomo aquí la palabra razón, no en el sentido *rigorosamente filosófico*, sino como la totalidad de las fuerzas propias de nuestro sér que sirven para el conocimiento.

—¡La razón! Cuando la engañan a cada paso los sentidos y la extravían las pasiones; cuando, aun librándose de extrañas influencias, incurre cien veces en error y se ve sin cesar condenada a corregirse; cuando, por lo que nos enseñan sus mismos anales, ha persistido en algunas de sus ilusiones siglos y siglos; cuando, según Ud. puede experimentar por sí, está en constante vacilación y en perpetua duda. ¿Qué va Ud. a fundar sobre piedra tan movediza que todo viento tuerce? Pretendiendo conocer la Naturaleza formula doctoralmente las leyes del mundo; y fenómenos (que antes no observó) vienen a desmentírselas. Descubrimientos no pocas veces casuales bastan a destruir los sistemas que mejor concibió y parecían más sólidos. No hablemos de sus lucubraciones filosóficas. Forja con frecuencia teorías que por de pronto seducen: se encarga ella misma de deshacerlas.

No piensa en un hombre lo que en otro hombre, ni en un pueblo lo que en otro pueblo: vive en eterna contradicción consigo misma. ¡Pobre ciencia la que en

ella Ud. levante! En el estudio de los hechos no saldrá Ud. nunca de hipótesis; en el terreno de la abstracción no saldrá Ud. nunca de quimeras. De todas partes verá Ud. brotar la vida y no comprenderá Ud. lo que es la vida. Querrá Ud. afirmar racionalmente aun lo más tangible, la materia, y se le deshará la materia entre las manos.

.....
—....Nuestra razón es verdaderamente falible, vacilante, contradictoria, incompleta en su saber, limitada, finita. Pero ¿tiene Ud. otro medio de investigación? Para seguir el trabajoso y difícil camino de la vida, el hombre como la humanidad buscan en ella su guía y norte por no disponer de otra luz que los alumbre.

Engañan la razón los sentidos, y solamente la razón advierte el engaño. La extravían las pasiones, y solamente la razón se da cuenta del extravío. Incurre en errores, y solamente la razón los rectifica.

Pasa a veces siglos sin reconocerlos, pero es al fin la razón la que los reconoce y los corrige. Por su tendencia a generalizar se precipita y formula antes de tiempo las leyes de la Naturaleza: si ignorados fenómenos se las contradicen, la razón es quien a la larga enmienda las mal formuladas leyes. Suele ir, es verdad, de hipótesis en hipótesis; mas por esa escarpada vía hace milagros y descubre lo que, al parecer, debía estar eternamente fuera de su alcance. Duda, y quizá sea un mal que dude; pero esa duda es el acicate que constantemente la excita a volver sobre sus asertos y borrar de las páginas de la ciencia sus errores. Sus teorías por fin no arraigan, sus más sólidos sistemas desaparecen a sus propios embates, su saber es incompleto; mas ¿acaso por la sucesiva destrucción de sus obras y el empeño en llenar el vacío de su ciencia no se aproxima cada vez más a la verdad absoluta? Sería mejor que fuesen otras sus condiciones: porque no lo sean, no debemos ni podemos rechazar su auxilio ni su testimonio. ¿Vamos a rebelarnos contra nuestra misma naturaleza?

Me figuro yo algunas veces los muchos engaños que por los sentidos debía padecer el hombre de los primeros siglos. Los remotos cerros le parecerían más bajos que el árbol a cuya sombra los contemplase. Miraría como a otro ser su propia imagen reflejada en el mar, en las fuentes o en los arroyos. Creería verdaderamente azules las aguas del océano.

Se haría la ilusión de que las olas avanzan como las líneas de un ejército hasta estrellarse en las rocas de la playa. Ignoraría que ve el Sol antes que el Sol haya entrado en el horizonte y después de haber desaparecido. Los sentidos todos le dirían que la tierra está inmóvil y giran a su alrededor los cielos con todos sus astros. Ni llegaría a sospechar que las estrellas despidiesen la misma luz de día que de noche. Los meteoros principalmente le inducirían a errores infinitos....

No debió seguramente costarle gran trabajo rectificar la altura de los lejanos montes, ni comprender que fuera su imagen y no más que su imagen la reproducción que de sí mismo veía en las mansas corrientes o los tranquilos lagos. Lo alcanzaría con poca atención que pusiera en observar los dos fenómenos. Le bastaría llegar al pie de los montes para corregir su primer yerro; comparar las otras imágenes que viera en el agua con los objetos de la orilla a que correspondieran, para corregir el segundo. Pero ¿qué adelantaba con eso? Aun generalizando la observación, sabía tan sólo que los cuerpos disminuirían aparentemente de volumen en proporción a la distancia a que los mirase, y que el agua limpia reproducía la imagen de cuanto sobre ella caía u ocupaba sus márgenes. Recuerde usted ahora qué no hizo la razón agujoneada por sus mismos errores.

Buscó y encontró con el tiempo el motivo por qué disminuía aparentemente con la distancia el tamaño de los objetos; procuró explicarse, y con el tiempo se explicó, en qué consistía que el agua diese la imagen de los cuerpos que la dominaran. No satisfecha aún, inquirió y descubrió

más tarde las leyes a que obedecen, así la disminución aparente de los objetos por la distancia, como la formación de las imágenes en todas las superficies tersas y brillantes. Ya en posesión de estas leyes ¡qué de procedimientos y aparatos no inventó para medir las mayores distancias, y qué de aplicaciones no hizo de los espejos! En el tamaño aparente de los cuerpos tiene hoy la base para el cálculo de las distancias a que están de nosotros el Sol y los planetas; en el espejo cóncavo, el medio de hacer reflejar los astros en las lentes de esos telescopios que aumentan hasta dos mil veces el tamaño de los objetos. Todo objeto aparentemente visto bajo el ángulo de un grado, se encuentra a la distancia de 57 veces su diámetro: tal es hoy la base de los cálculos astronómicos.

.....

.....

F. PI Y MARGALL

Selección de *Arador*.

(Continuará).

“La verdad en la deuda”

Así se llamó en un país vecino la declaración hecha por su Presidente de que «en materia de deuda pública sólo debía la Nación el precio a que ella era estimada en el mercado, y no debía considerársela, en consecuencia, por su valor nominal».

Si ésta no es la *doctrina*—perfeccionada por el tiempo y la mayor ilustración—aplicada por los emisores de los diferentes *papeles* que nos sirven de moneda, venga el diablo y dígallo.

Comentando la declaración de aquel Presidente, dijeron entonces:

«En el supuesto de deber nominalmente unos \$ 40,000,000 podrían reducirse a 8 ó 9 millones. Apenas hayamos emitido los nuevos documentos de crédito por valor de 9 millones, la desconfianza engendrada por esta conversión hará que en lugar de valer nuestra deuda el 26 ó 30 por ciento en el mercado, se cotice sólo a 10 ó 15 por ciento, y así sucesivamente hasta acabar.... con la deuda. Y qué prodigio, sin desembolsar un solo peso, sin haber defraudado en lo mínimo los derechos de nuestros acreedores, nos habremos descartado de una deuda de 40 millones».

El resultado de aquel *principio*, aplicado en toda su amplitud a las emisiones de la Tesorería y de los Bancos, daría el mismo famoso resultado. Las Bancos podrían decir—cuando el cambio llegue a la

altura deseada—: Considerando, que la unidad de nuestros billetes no vale en el mercado sino 10 centavos de dólar, por ejemplo, hemos resuelto emitir otros billetes que expresen la *verdad de su valor*, para recoger los circulantes que ya no la expresan, y el que no ocurra al cambio perderá todo derecho a ser reembolsado.

Esta operación no realizaría, sin duda, el crédito de los Bancos; sus nuevos billetes valdrían en el mercado cinco, dos, uno.... cero; a cada *nueva verdad*, una nueva emisión, y al fin podrían decir: Considerando que *la verdad de nuestros billetes* es que no valen nada, nada debemos. Y laus Deo. El negocio sería redondo, y como lo mismo y con mayor facilidad lo podría hacer el mayor de los emisores, llegaríamos a la eliminación del *papel moneda* por la fuerza de la *verdad en la deuda*.

¿Que confundimos *deuda pública* con billetes de banco y de tesorería? No confundimos nada; pero si con una deuda pública interior se pudo hacer aquello, ¿por qué no ha de poder hacerse con los billetes que son *deuda de los emisores*? Y como la lógica es la lógica y nadie se escapa de ella, seguirían los deudores particulares el ejemplo y todos acabarían—negociando con su crédito—por extinguir sus deudas sin pagarlas, sin desembolsar un solo céntimo, «sin haber defraudado en lo mínimo los derechos de sus acreedores».

—¡Fantasías!

—Fantasías en camino de realización: los Bancos no reciben por su valor nominal sus propios billetes en pago de letras sobre el exterior ni en la liquidación de los que cobran por cuenta ajena; y el Gobierno no recibe los del Banco Internacional (su Banco) ni los emitidos por la Tesorería en pago de los impuestos reembolsables, del impuesto del café ni de los derechos de Aduana. ¿Quién nos dice que no muy tarde algún señor diputado no presente un proyecto de ley que—como de EMERGENCIA, se haga pasar en tres tiempos— ¡preparen!... ¡apunten!... ¡fuego!—y, considerando: que con la emisión de \$ 10.000.000 decretada y toda en circulación *la verdad de los billetes* se ha convertido en nada, en virtud de su omnímodo poder, la Cámara de Diputados decreta la repudiación de todos ellos?

—¡Disparates!

—Tal vez; pero se están viendo tales cosas que el mayor de los absurdos no nos sorprendería.

EREMITA

Monumental!

El señor diputado don Eduardo Beeche concibió, dió a luz e hizo convertir en *ley* por la Cámara de Diputados, en menos tiempo que el que gasta para santiguarse un clérigo loco, un proyecto monumental de emisión.

Este señor diputado con su *ley* nos hace el efecto de un hombre que poseyendo una barrica de vino aguada ya, se propusiera hacerse rico aguándolo más hasta hacer desaparecer el olor, el color, el sabor y la fortaleza que tenía. Que no a otra cosa equivale la tal *ley*. Y la complaciente y acuciosa Cámara de Diputados nos hace pensar en aquel legendario Sargento Casafuz, que decía a sus soldados: Vayan fusilando prisioneros mientras *treigo l'orden*.

La guerra europea, la emergencia, el orden público son las tres razones suficientes para hacer pasar sin discusión, sin los debates constitucionales y reglamentarios, cuanto proyecto se tiene interés en convertir en ley. Y la guerra europea no es culpable sino de la disminución del rendimiento de las aduanas. Y la *emergencia* nadie sabe lo que sea. ¿Y el orden público constitucional? En presencia de tan absurda manera de proceder, viene involuntariamente al pensamiento la palabra *utilitaristas* y a la memoria estos párrafos de fuego de un escritor cuyas ideas han sido la base de la reconstrucción intelectual, moral y política de su patria, llevada al borde de la disolución por las ideas y prácticas de aquéllos: «En cualquier país del mundo en que los gobernantes sean utilitaristas no hay derecho ninguno seguro. No admitiendo el utilitarista otro principio, para arreglar su conducta, que el cálculo de sus placeres y de sus dolores (de sus beneficios y de sus pérdidas), es inútil representarle que el acto que intenta o que ejecuta es contrario a la ley, a la justicia, al derecho, a los principios que sirven de fundamento al Gobierno; todas esas cosas no son para él sino palabras. Si él halla en sus cálculos que obtendrá mayor placer que dolor en violar todo eso, lo violará, y se ostentará satisfecho de haber llenado su deber».

El utilitarismo no puede ser contenido sino por la fuerza de la opinión pública levantada sobre el sólido cimiento de las doctrinas espiritualistas cristianas, que el egregio pensador y otros tan previsores y patriotas como él predicaron, sin darse punto de reposo, en los días menos turbios de la época y desde el centro de las tinieblas de los más oscuros. Que no sólo la fuerza bruta es fuerza, como se vió entonces y se está viendo ahora en esa lucha apocalíptica en la cual han brillado todas las luces de las ciencias físicas, para destruir materialmente, y todas las de las ciencias morales, para sublevar la conciencia universal contra las doctrinas que prepararon el conflicto y lo hicieron inevitable.

La juventud nos sacará verdaderos. La juventud en cuyas manos estarán los destinos del país. La generación a que pertenecemos y la que le sigue hicieron obra de perdición. Los efectos de esa obra están a la vista de todos. La juventud misma se resiente del estrago causado en el campo de las ideas y las creencias. El caos es com-

pleto; las tinieblas no pueden ser más densas: el amanecer no puede tardar. El ánimo cobarde y el mezquino interés desnudo de toda especie de ideas, que miran hacia el Norte en busca de salvación, no saben lo que quieren. Sus votos son votos indiscretos. La salvación del país está en el país mismo. Hagamos que nuestra juventud alce la frente y mire alto, mire hacia las regiones de las ideas y de las creencias, y la República será salva. Pero.... no era nada de esto lo que íbamos a escribir. Volvamos a nuestros carneros.

Decíamos que el diputado señor Beeche nos hacía el efecto de un hombre que teniendo una barrica de vino aguado ya, se propusiera hacerse rico aguándolo más hasta hacer desaparecer el vino. Que no a otra cosa equivale su flamante ley.

Si hoy con escasa demanda de letras y ₡ 9.500,000 de emisiones oficiales está el cambio al 500 por ciento, puede imaginarse cualquiera que no sea de la Cámara de Diputados, a cómo se pondrá con ₡ 10.000,000 más del Banco Internacional emitidos con *la misma garantía* de la primera y segunda emisión. Hoy valen los ₡ 9.500,000—\$ 1.900,000 en moneda americana. Los ₡ 19.000,000 valdrán quizá \$ 1.900,000 mientras la guerra dure. Tendremos más *papel* y poco más o menos el mismo valor efectivo. Pero al llegar la paz y con ella el vigoroso resurgimiento del comercio de importación, comprador de letras para pagar el abastecimiento del mercado, puede muy bien bajar a \$ 190,000.

Lo del vino—a más agua menos fortaleza—y al fin habrá que derramar esa agua teñida, porque para nada servirá. Se han visto casos.

En esa ley de monumental emisión hay un artículo 15 que hace pensar que la Cámara de Diputados ignora que la Administración anterior consiguió un crédito de \$ 400,000—que diz que hizo funcionar *en la forma de Revolving Credit* y que al fin y al cabo no se supo qué se hicieron. Porque si la memoria no nos es infiel, la actual Administración tuvo que hacer un empréstito interior para pagar esos \$ 400,000 cuya devolución fué exigida perentoriamente; y si ellos se usaron *en la forma de Revolving Credit*, en alguna parte debían hallarse, o en oro, o en letras, o en colones, y no parecieron en ninguna. Y esto debió de ser así, porque si no, el Gobierno no hubiera tenido necesidad de ocurrir a los Bancos para devolver ese préstamo. Le hubiera bastado con tomar los fondos y entregarlos a sus dueños.

Se dijo entonces que el Gobierno anterior había depositado en uno de los Bancos de la ciudad el producto de esos \$ 400,000—vendidos al 225 por ciento, tipo a que había resuelto fijar y mantener el cambio; pero que como éste, a pesar de la omnipotencia de los poderes públicos, les había pasado por encima e ídose a las cumbres, ahí se estaba ese producto esperando *la baja* que, indefectiblemente, tenía que venir, según lo aseguraban los economistas oficiales

de ese tiempo. Si ese depósito y esa espera fueron ciertos, los \$ 400.000 debieron producir ₡ 900,000, que el día del reembolso no valían sino \$ 225,000 en moneda americana. Es decir, que la operación, sin contar intereses ni gastos, le había costado al país la bicoca de \$ 175,000. ¡Casi nada! el *43 tres cuartos por ciento* del capital del *Revolving Credit*—. ¿Y con semejante experiencia hay quien haya querido volver a intentar el recurso?

Parece increíble que haya aún en el país quien crea que puede fijarse el tipo de cambio internacional como quien clava un poste. Pero de que los hay, los hay.

EREMITA

Diversos

De mala ley

Cuando hay un gallo de excepcional valentía, habilidad y fortaleza para el combate, los jugadores fulleros lo disfrazan afeitándolo de diferentes modos, para engañar a sus contrincantes; pero el gallo no disfraza su canto ni va a la pelea con otras armas que las naturales, como las de su adversario. Es seguro que si pudiera penetrar las intenciones con que lo afeitan, protestaría de la deslealtad de sus dueños.

Al redondel de la vida humana suelen echar ciertos pájaros de pluma y combativos como el gallo, los jugadores de otra clase, y estos pájaros sí cambian de voz y usan en el combate todas las armas a su alcance, mientras que su contrincante no tiene más que una limpia espada de caballero. En tales casos, uno que se precie de serlo, no baja al redondel.

* * *

Mucho más grave

En el dictamen del Diputado señor don Roberto Hernández, hallamos este dato que completa uno nuestro y lo hace mucho más trascendental: «respecto de la plata, dice, estamos a una enorme distancia del punto de partida que fueron los certificados de plata de 900 milésimos de fino, pues hemos descendido al papel inconvertible que no representa más que *el 40 por ciento de una plata degradada a 500 milésimos* sin que para el 60 por ciento restante exista otra garantía colateral»—. 40 por ciento de un colón de 500, equivale a 22 por ciento de uno de 900.

Estábamos, pues, en un error cuando pensábamos que el 40 por ciento era de esta última clase de moneda.

* * *

MONEDA MALA es la que cãreciendo de valor intrínseco, está desprovista o casi desprovista del relativo que puede comunicarle la firma, el sello, el *crédito* de quien la emite; la que, para el emisor, al emitirla, tiene un valor, y, para recibirla, no tiene ninguno o tiene el que el público quiera asignarle; la que para el deudor vale como *uno* y para el acreedor como *un medio*; la que sirve para trasegar los capitales acumulados en años de labor y en oro a las cajas de los que ninguno tenían; la que rebaja los salarios y el producto del trabajo del menestral a escasísimas raciones de hambre; la que mata el trabajo honrado y fomenta la especulación indebida; la que trastorna, en fin, todo el sistema económico y fiscal de un país y lo lleva al desbarajuste y a la bancarrota.

Pero *moneda mala* no es lo mismo que *mala moneda*. Esta es la que sirvió para comprar a Judas y sirve para pagar ciertas plumas que como el traidor por antonomasia, van a sabiendas contra la verdad y la justicia y tratan de empañar la reputación de los hombres de bien.

* * *

... Por supuesto que ellos no *dogmatizan*, ni hablan *ex cathedra*, ni hacen nada de lo que hacemos los *sabios*. Y son humildes de corazón, y acarician con *palmaditas*, para que se dejen coger y poderlos amansar, a *los que tienen monopolizada el alma por el primero de los siete pecados capitales*. Esto, es claro, no se llama soberbia, ni jactancia, ni fanfarronada, sino habilidad.

* * *

El paraíso guatemalteco es algo que no aceptaría nadie en Costa Rica, a excepción quizá de ciertos empresarios agrícolas, que no agricultores.

El bienestar de un país no consiste en que tal o cual industria prospere a costa de la comunidad, cosa que sólo puede acontecer en pueblos regidos por leyes de excepción o violatorias de las morales y económicas reconocidas y aplicadas en todas las naciones civilizadas.

Sacrificar los intereses del menestral, del jornalero y del consumidor a la prosperidad y engrandecimiento de unos cuantos empresarios agrícolas, es algo de monstruoso y por ende de irracional. Bastaría trazar el cuadro de la vida que ha vivido—si eso se llama vida—el pueblo guatemalteco, en más de sus dos terceras partes, para hacer odioso al escritor que para nosotros quiere una vida semejante.

* * *

¿No ha caído el valor del trabajo nacional en proporción aterradora? El menestral que antes recibía por una obra ₡ 25.00 obtenía un valor efectivo de \$ 11,625 (o. am.). El mismo menestral recibe hoy

por una obra semejante ₡ 25.00 que valen realmente \$ 5.00 (oro americano). El jornalero ganaba antes ₡ 1.25 por término medio, equivalente a \$ 0.58 $\frac{1}{8}$ de dólar y hoy gana *nominalmente* lo mismo, y realmente sólo \$ 0.25 de dólar. El empleado que antes ganaba como \$ 46.50 por ₡ 100, gana ahora como \$ 20 por los mismos ₡ 100. En cambio, todos los artículos de consumo, calculados en oro, han subido extraordinariamente de precio o conservado el que tenían. Un par de zapatos que antes costaba ₡ 10.00 cuesta ahora de ₡ 25.00 a ₡ 30.00; un vestido que valía ₡ 50.00 vale hoy ₡ 150.00; el lienzo que antes valía ₡ 0.20 vale hoy ₡ 2.00; las telas ordinarias y el calzado para el consumo general, han encarecido de tal modo, que la desnudez se ve ya por todas partes, y se necesita respetar muy poco la verdad y nada la sociedad, para la cual se pretende escribir, al afirmar que «Cuando regía el cambio legal y un par de zapatos costaba sólo ocho colones, los costarricenses no teníamos cada uno más de un par de zapatos a los que había que echar remiendos para que duraran años, porque no había como reponerlos. *En Guatemala he visto el cambio al 3400 por ciento y CADA GUATEMALTECO TENÍA TRES O CUATRO PARES de zapatos que le costaban a ochenta pesos, y aun alguno de charol, más caro, para los días en que repican gordo.*»

¡Los *caites* de los indios de Guatemala!

Però aunque fuera cierto lo que se afirma—que evidentemente no lo es—lo que se debió demostrar es que si antes—cuando regía el cambio legal—no teníamos más que un par de zapatos, ahora con *el papel moneda* y el cambio a como quieran los agiotistas, cada costarricense *tiene tres o cuatro pares de zapatos y hasta alguno de charol para los días en que repican gordo.*

EREMITA

¡EL PELIGRO PRÓXIMO!

No carecía de fundamento el temor que tenía Benjamín Franklin de que se germanizara Norteamérica; y, si la vida americana tiene hoy día distinta fisonomía que la de su tiempo, ha de atribuirse esto, en primer lugar, a la influencia del germanismo.

No a Inglaterra, sino al pueblo alemán y al pueblo norteamericano, unidos por los lazos de la sangre, como por elevadas y comunes aspiraciones intelectuales, está confiado el progreso de la civilización. Y los guardianes de esa amistad sagrada son los alemanes de Norteamérica. — JULIUS GOEBEL.

Filólogo, profesor de la Univ. de Illinois *Das Deutschtum in den Vereinigten Staaten*, 1904, p. 77.

La alegría del vivir

Es preciso, es necesario dulcificar el carácter. Cuando un espíritu pierde la serenidad, esa serenidad que tiene pureza de linfa y que está pregonando a todas horas la excelsitud de la alegría del vivir, cuando se pierde ese don divino, nos tornamos en lastimosa fierecilla, y andamos a poner medror y zozobra en los que nos rodean. Porque precisamente, si algo nos acerca hacia lo Absoluto y nuestra psiquis se hace digna de Dios, es por la mansedumbre, por la ecuanimidad, por la serena alegría melancólica que nos torna un tanto místicos, si entendemos por misticismo la comprensión luminosamente espiritual de la vida que entona una loa perenne por todo lo creado, a la manera de Francisco de Asís, el dulce vago de la Umbria.

Andar torvo y malhumorado, con el regaño en los labios y la adustez en el rostro, es sembrarse el sendero de las espinas del desprecio y de las ortigas del odio. El irascible anda a todas horas mordido por los mastines de la bilis y lleva adondequiera su propia desgracia, y lo que es peor aún, la compasión que a todos inspira. Y si hay algo doloroso para un espíritu digno es ser objeto de piedad, puesto que la piedad es ya un indicio grave de inferioridad. Cuando sentimos lástima por alguien, es porque nos consideramos superiores, y a esa alma que nos sugiere consideración, la hacemos, por un impulso independiente de nuestra voluntad, víctima de cierta depresión espiritual. La dulzura de carácter pone un marcado sello de distinción en nuestras maneras y aligera los contratiempos y sinsabores de la vida. Un poco de alegría en el corazón, que asome a los ojos que son las ventanas del alma, y una regular dosis de serenidad de la buena a todas horas, valen más que las colmadas arcas de oro de un millonario cejijunto y malcontento, que daría sus montañas de discos fulgentes y resonantes por un grano del oro máspreciado aún de la serena alegría del vivir.

EDMUNDO VELÁSQUEZ

San José, C. R., octubre 1918.

Imp. Falcó y Borrásé

RENOVACIÓN

PAGINAS DE CLEMENCEAU

Cuadernos de 64 a 96 págs. de un sólo autor
Precio: 30 céntimos el e emplar

FALCÓ & BORRASÉ, Editores

PUBLICADOS:

- 1 *Las vírgenes locas*, V. Blasco Ibáñez.
- 2 *Clopinet*, Anatole France.
- 3 *Homenaje a Francia 1917*.
- 4 *La Escuela Altruista*, Anselmo Lorenzo.
- 5 *Lecturas*, Angel Ganivet.
- 6 *La Basílica-fantasma*, Pierre Loti.
- 7 *El Príncipe Feliz*, Oscar Wilde.
- 8 *Miscelánea literaria*, Juan Maragall.
- 9 *La Ciencia y la Metafísica*, C. Gagini.
- 10 *La vida que pasa*, Eduardo Zamacois.
- 11 *El Estado Docente*, R. Castro Meléndez.
- 12 *La canción triste*, Vicente Medina.
- 13 *Del momento fugaz*, L. Montalbán.
- 14 *Homenaje a Francia 1918*.
- 15 *Desde Europa*, José Enrique Rodó.
- 16 *Dialogos sobre la Belleza*, F. Pi y Margall.
- 17 *Páginas selectas*, Jacinto Benavente.
- 18 *Antología Hispano-Americana*, Nicaragua.
- 19 *Malos vecinos*, Georges Clemenceau.

PRÓXIMO CUADERNO:

- 20 *El patio azul*, Santiago Rusiñol.

Eos-Lecturas-Renovación

PUNTOS DE VENTA:

EN SAN JOSÉ: Librerías Falcó y Borrásé,
editores; Tormo, Alsina y Montero.

EN PROVINCIAS:

- CARTAGO: Alejandro Bonilla.
ALAJUELA: Moisés Rodríguez G.
HEREDIA: Rafael J. Elizondo.
PUNTARENAS: Francisco María Núñez.
LIMÓN: Próspero Ramírez.
LIBERIA: Alberto Cortés C.
ESPARTA: José M.^a Benavides.
ATENAS: Augusto Jenkins.
GRECIA: Humberto Bolaños.
SAN RAMÓN: Nautilio Acosta.
JUAN VIÑAS: Jaime Marin P.
PURISCAL: Carlos Charpentier Z.
SANTA ANA: Juan Méndez Chaves.
NARANJO: Saúl R. Cordero.
ZARCERO: Jesús Vargas Alvarado.
DESAMPARADOS: Amado Naranjo.
SANTO DOMINGO: Carlos de J. González

NUESTRO DEPOSITO de las publicaciones «Eos», «Lecturas», «Renovación» y «Ediciones Minúsculas», está en la Librería Tormo, al lado de La Magnolia, Av. Central.



Acusamos recibo del volumen titulado «Malos vecinos» por Georges Clemenceau y que está circulando profusamente.

Forma parte esa obrita de la serie de folletos de la Biblioteca RENOVACION, y los trabajos han sido bien escogidos, con un amplio criterio de selección.

Todos los cuentos son interesantes y en ellos campea un estilo ágil y una visión nueva, como que pertenece a uno de los más altos ingenios que ha producido Francia.—L. M.

LE INTERESA saber, si usted desea economizar, que en el taller donde se edita esta revista se empastan libros a precios económicos, y a entera satisfacción del cliente.

Háganos usted un encargo y quedará satisfecho del trabajo.

Dirección: Imprenta Falcó y Borrásé,
7.^a Avenida, Este, N.º 42. Apartado 638,
San José, C. R.